

REALISMO Y NATURALISMO. CARACTERÍSTICAS GENERALES. LA NARRATIVA REALISTA: GALDÓS, CLARÍN Y PARDO BAZÁN

Hacia 1850, en Francia, una serie de escritores y críticos presentan el Realismo como una nueva estética alejada de la romántica. El autor que contribuyó más decisivamente al despegue del realismo fue el francés Stendhal.

Los escritores realistas españoles se apoyan en dos manifestaciones literarias de las que, en parte, se alimentan: la tradición del realismo en la novela española de los siglos XVI y XVII (Cervantes y la picaresca) y la influencia de los escritores realistas europeos de la época (Balzac, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Stendhal...) de los que tomaron temas y técnicas de observación de la realidad contemporánea.

El realismo pretende la reproducción exacta, minuciosa y objetiva de la vida cotidiana y de los problemas de la sociedad burguesa de la 2ª mitad del siglo XIX. Según los realistas, la novela era el género más adecuado para reflejar la realidad en su totalidad.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL REALISMO

Los rasgos de la novela realista son:

- La observación directa y la documentación para conseguir información precisa.
- Abundancia de escenas costumbristas, con descripciones detalladas del ambiente en que se desarrolla la acción (calles, casas, habitaciones, vestuario, costumbres...)
- La pintura de caracteres da origen a la novela psicológica en la que se analizan con minucia los temperamentos y las motivaciones de los personajes. Aunque dominan los burgueses, a medida que avanza el siglo, los obreros y los personajes marginales van ocupando mayor espacio.
- El narrador es omnisciente, es decir, lo sabe todo acerca de sus personajes: el pasado, el futuro y sus pensamientos. No duda en dirigirse al lector para comentar y juzgar sus comportamientos.
- Se introduce el estilo indirecto libre mediante el que se reproducen las sensaciones de los personajes dentro del discurso del narrador. También se recurre al monólogo interior para conocer las zozobras íntimas de los personajes.
- En el estilo se tiende a una progresiva eliminación de la retórica grandilocuente propia del Romanticismo. Se prefiere la prosa sobria y cuidada y se pone el mayor empeño en adaptar el lenguaje a la índole de los personaje, de ahí la importancia del reflejo del habla popular.
- Frente a la evasión espacio-temporal del Romanticismo, los autores realistas escriben sobre lo que conocen, por lo que tienden a situar sus obras en lugares próximos y en el momento presente. La mirada se desplaza a lo cotidiano, eliminando el subjetivismo y la fantasía, al tiempo que controlan los excesos del sentimentalismo.
- Trata temas diversos: el rol social de la mujer en el matrimonio y el adulterio, la religión, la oposición clericalismo/anticlericalismo, la vida en la ciudad frente a la del campo, la política del momento...

Los autores realistas más importantes del Realismo español fueron:

- Galdós, un excelente retratista de personajes y ambientes. Son inolvidables sus novelas históricas (*Episodios Nacionales*) o las novelas en las que describe el panorama social de Madrid (*Fortunata y Jacinta*, *Miau* o *Misericordia*) con un planteamiento crítico y comprometido con la sociedad.
- Y Clarín cuya principal obra, *La Regenta*, es un análisis profundo y crítico de la sociedad vetustense (*Vetusta* es un trasunto literario de Oviedo), de gran calidad formal, de estructura perfecta y de prosa cuidadísima

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL NATURALISMO

El naturalismo nace en Francia con Émile Zola y sus características se definen en su obra *La novela experimental*. Influyen en el Naturalismo ciertas teorías filosóficas de la época: determinismo, materialismo y la influencia de la ciencia experimental.

-El determinismo: el hombre no es libre porque actúa impulsado por las presiones del medio ambiente en que vive y por el peso de la herencia. La herencia biológica le marca al individuo su destino, determina la línea de su comportamiento. Las circunstancias sociales restringen las opciones del hombre para orientar su vida, añadiéndose a sus condicionamientos biológicos.

-El materialismo: el hombre natural sometido a las influencias del medio ambiente.

-La influencia de la ciencia experimental: El novelista debe experimentar con los personajes, situándolos en determinadas situaciones y comprobando cómo sus actos se explican por la influencia de la herencia y de las circunstancias.

Las características sustanciales de la novela naturalista son:

- Reproducción de los ambientes más sórdidos y desagradables de la sociedad, reflejando los aspectos más negativos de la realidad.

- Abundancia de personajes tarados, alcohólicos, psicópatas, seres que obedecen, sin saberlo, a sus impulsos hereditarios y a los factores del ambiente (determinismo y materialismo).

- En cuando a la técnica y estilo, dan el máximo rigor a los métodos de la observación de los hechos y la documentación. Se hace más precisa la reproducción del lenguaje hablado. El escritor/a intenta ser objetivo, impersonal pero la realidad se capta desde su ángulo ideológico y todos tratan, en general, de descubrir las lacras y vicios de la sociedad.

El objetivo es provocar al público para que tome conciencia de la tremenda realidad social. Los escritores españoles rechazan el determinismo porque niega la libertad de los seres humanos. Sin embargo, incorporan a sus novelas el gusto por los aspectos más crudos y sombríos de la realidad: ambientes miserables (mina, fábrica...); personajes marginados (enfermos, alcohólicos, locos...) y descripciones de realidades repulsivas.

La autora más naturalista de la literatura española fue Emilia Pardo Bazán con *Los Pazos de Ulloa*, *La Tribuna* o *Madre Naturaleza*. En general, se trata de un mundo lleno de ignorancia y barbarie con descripciones minuciosas y documentadas. El medio condiciona a los personajes pues los que proceden de la ciudad son débiles y tímidos, mientras que los habitantes de los pazos tienen costumbres bárbaras y están dominados por la violencia y la inmoralidad.

TEXTOS

Iba [Fortunata] despacio por la calle de Santa Engracia y se detuvo un instante en una tienda a comprar dátiles, que le gustaban mucho. Siguiendo luego su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo. La idea de poder ir a donde gustase la excitaba, haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en un sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando a los pobres que encontraba, que no eran pocos... Y anda que andarás, vino a hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en casa. ¿Qué iba a hacer en su casa? Nada. Conveniale sacudirse, tomar el aire. Bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas. ¡Qué gusto poder coger de punta a punta una calle tan larga como la de Santa Engracia! El principal goce del paseo era ir solita, libre. Ni Maxi, ni doña Lupe, ni Patricia, ni nadie podían contarle los pasos, ni vigilarla, ni detenerla. Se hubiera ido así... sabe Dios hasta dónde. Miraba todo con la curiosidad alborozada que las cosas más insignificantes inspiran a la persona salida de un largo cautiverio. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, recreándose con sus propias ideas. ¡Qué bonita, verbigracia, era la vida sin cuidados, al lado de personas que la quieran a una y a quien una quiere!... Fijose en las casas del barrio de las Virtudes, pues las habitaciones de los pobres le inspiraban siempre cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían a las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la existencia tranquila, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante vida no podía ser para ella, porque estaba fuera de su centro natural. Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar «como el obispo» con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla a vida distinta; después la trajeron y la llevaron diferentes manos. Y por fin, otras manos empeñáronse en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo; después la casaban..., y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y a la cual no sabía dar nombre. (Fortunata y Jacinta)

Su marido era botánico, ornitólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de comedias, cómico, jurisconsulto; todo menos un marido. Quería más a Frigilis que a su mujer. ¿Y quién era Frigilis? Un loco; simpático años atrás, pero ahora completamente ido, intratable; (...) Y hacía tres años que ella vivía entre aquel par de sonámbulos, sin más relaciones íntimas. Bastaba, bastaba, no podía más; (...) ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía; veintisiete años de mujer eran la puerta de la vejez a que ya estaba llamando... y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos, que son el asunto de comedias, novelas y hasta de la historia. El amor es lo único que vale la pena de vivir, había ella oído y leído muchas veces. Pero ¿qué amor? ¿Dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía. Y recordaba entre avergonzada y furiosa que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo; sí, sí, ¿para qué ocultárselo a sí misma si a voces se lo estaba diciendo el recuerdo?: la primer noche, al despertar en su lecho de esposa, sintió junto a sí la respiración de un magistrado; le pareció un despropósito y una desfachatez que ya que estaba allí dentro el señor Quintanar, no estuviera con su levita larga de tricot y su pantalón negro de castor (...) ¡Lo que aquello era y lo que podía haber sido!... Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína... Recordaba también las palabras de envidia, las miradas de curiosidad de doña Águeda (q. e. p. d.) en los primeros días del matrimonio; recordaba que ella, que jamás decía palabras irrespetuosas a sus tías, había tenido que esforzarse para no gritar: «¡Idiota!» al ver a su tía mirarla así. (...) Y ni siquiera la compadecían. Nada de hijos. Don Víctor no era pesado, eso es verdad. Se había cansado pronto de hacer el galán y paulatinamente había pasado al papel de barba que le sentaba mejor. ¡Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí!; no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le remordía la conciencia de no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo a los sentidos excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso, como las enfermedades que ella había visto en Madrid anunciadas en faroles verdes y encarnados. ¿Cómo había de confesar aquello, sobre todo así, como lo pensaba? y otra cosa no era confesarlo». (La Regenta)

Vetusta la noble estaba escandalizada, horrorizada. Unos a otros, con cara de hipócrita, se ocultaban los buenos vetustenses el íntimo placer que les causaba aquel gran escándalo que era como una novela, algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste. Pero ostensiblemente pocos se alegraban de lo ocurrido. ¡Era un escándalo! ¡Un adulterio descubierto! ¡Un duelo! ¡Un marido, un exregente de la Audiencia muerto de un pistoletazo en la vejiga! En Vetusta, ni aun en los días de la revolución había habido tiros. [...] La envidia que hasta allí se había disfrazado de

admiración, salió a la calle con toda la amarillez de sus carnes. Y resultó que envidiaban en secreto la hermosura y la fama de virtuosa de la Regenta no solo Visitación Olías de Cuervo y Obdulia Fandiño y la baronesa de la Deuda Flotante, sino también la Gobernadora, y la de Páez y la señora de Carraspique y la de Rianzares o sea el Gran Constantino, y las criadas de la Marquesa y toda la aristocracia, y toda la clase media y hasta mujeres del pueblo... y ¡quién lo dijera! la Marquesa misma, aquella doña Rufina tan liberal que con tanta magnanimidad se absolvía a sí misma de las ligerezas de la juventud... ¡y otras!

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. [...] Obdulia Fandiño, pocas horas después de saberse en el pueblo de la catástrofe, había salido a la calle con su sombrero más grande y su vestido más apretado a las piernas y sus faldas más crujientes, a tomar el aire de la maledicencia, a olfatear el escándalo, a saborear el dejo del crimen que pasaba de boca en boca como golosina que lamían todos, disimulando el placer de aquella dulzura pegajosa. (La Regenta)

Como si también los perros comprendiesen su derecho a ser atendidos antes que nadie, acudieron desde el rincón más oscuro, y olvidando el cansancio, exhalaban famélicos bostezos, meneando la cola y levantando el partido hocico. Julián creyó al pronto que se había aumentado el número de canes, tres antes y cuatro ahora; pero al entrar el grupo canino en el círculo de viva luz que proyectaba el fuego, advirtió que lo que tomaba por otro perro no era sino un rapazuelo de tres a cuatro años, cuyo vestido, compuesto de chaquetón acastañado y calzones de blanca estopa, podía desde lejos equivocarse con la piel bicolor de los perdigueros, en quienes parecía vivir el chiquillo en la mejor inteligencia y más estrecha fraternidad. Primitivo y la moza disponían en cubetas de palo el festín de los animales, entresacado de lo mejor y más grueso del pote; y el marqués -que vigilaba la operación-, no dándose por satisfecho, escudriñó con una cuchara de hierro las profundidades del caldo, hasta sacar a luz tres gruesas tajadas de cerdo, que fue distribuyendo en las cubetas. Lanzaban los perros alaridos entrecortados, de interrogación y deseo, sin atreverse aún a tomar posesión de la pitanza; a una voz de Primitivo, sumieron de golpe el hocico en ella, oyéndose el batir de sus apresuradas mandíbulas y el chasqueo de su lengua glotona. El chiquillo gateaba por entre las patas de los perdigueros, que, convertidos en fieras por el primer impulso del hambre no saciada todavía, le miraban de reojo, regañando los dientes y exhalando ronquidos amenazadores: de pronto la criatura, incitada por el tasajo que sobrenadaba en la cubeta de la perra Chula, tendió la mano para cogerlo, y la perra, torciendo la cabeza, lanzó una feroz dentellada, que por fortuna sólo alcanzó la manga del chico, obligándole a refugiarse más que de prisa, asustado y lloriqueando, entre las sayas de la moza, ya ocupada en servir caldo a los racionales. Julián, que empezaba a descalzarse los guantes, se compadeció del chiquillo, y, bajándose, le tomó en brazos, pudiendo ver que a pesar del mugre, la roña, el miedo y el llanto, era el más hermoso angelote del mundo.

-¡Pobre! -murmuró cariñosamente-. ¿Te ha mordido la perra? ¿Te hizo sangre? ¿Dónde te duele, me lo dices? Calla, que vamos a reñirle a la perra nosotros. ¡Pícaro, malvado! [...]

-¡Farsante! -gritó-. Ni siquiera te ha tocado la Chula. ¿Y tú, para qué vas a meterte con ella? Un día te come media nalga, y después lagrimitas. ¡A callarse y a reírse ahora mismo! ¿En qué se conocen los valientes? Diciendo así, colmaba de vino su vaso, y se lo presentaba al niño que, cogiéndolo sin vacilar, lo apuró de un sorbo. El marqués aplaudió.

-¿Y no le hará daño tanto vino? -objetó Julián, que sería incapaz de bebérselo él.

-¡Daño! ¡Sí, buen daño nos dé Dios! -respondió el marqués, con no sé qué inflexiones de orgullo en el acento-. Déle usted otros tres, y ya verá... ¿Quiere usted que hagamos la prueba?

-Los chupa, los chupa -afirmó el abad.

(Los pazos de Ulloa)